

Golpes en la vida tan fuerte

Por: M

Categoría juvenil

Golpes en la vida tan fuertes

Cielo me toma fuerte del brazo, se apoya en mi hombro, y así, seguimos caminando. 5pm: aquí afuera, hace frío. Ambos llevamos las gafas empañadas por la humedad y la chompa recubierta por gotas de rocío. No nos preocupa el clima. El trecho no es largo. Vamos a paso lento, cuidadoso. A veces, Cielo da vueltas innecesarias, frena abruptamente, se toma su tiempo. Cuando llegamos a una grada, palpa el cemento con el pie, a fin de sentir el bajorrelieve. De vez en cuando, tímidamente, me pregunta si hay algún objeto a la vista. Yo le respondo fuerte y claro, tratando, al menos, de brindarle algo de ternura a la respuesta. Reprimir no se me da bien. La paciencia tampoco, pero, al menos, lo intento. Me fijo en Cielo y en su mirada gacha, atemorizada, mientras seguimos serpenteando el camino -cada vez más estrecho- cruzando el terreno boscoso. Trato de entenderla. Ir a su lado, movilizándola, evitando cualquier forma de condescendencia. Me es difícil, pero sé que es necesario.

Es que ella no ve.

Cosa curiosa, eso de ver. Nos hemos acostumbrado a un mundo inmediato, visual; poner a prueba, diariamente, la efectividad de nuestros ojos. Una mirada reemplaza a un te quiero o significa hasta nunca. Una mirada es lo que tantas palabras no pueden decir. Una mirada puede ser complicidad, rechazo, secreto. Nos enamoramos a primera vista, nos odiamos o nos agradamos con tan solo un gesto. Ver define nuestro día a día: labramos quienes somos a partir de lo que captan los ojos. Ver significa entender, de alguna forma, que puede estar sintiendo el otro. Nos componemos, desarmamos y lloramos solo por lo que se aprecia en nuestro rostro. Es algo inmediato y, a veces, inconsciente. Dependemos de lo visual y de lo perceptible. Dependemos y actuamos en total injusticia. Alienamos a quienes no pueden hacerlo.

Es interesante porque, nosotros somos los que vemos y, aun así, somos los que preferimos ignorar. No pensamos en el valor de lo que vemos. Por ejemplo, las palabras. Si una mirada es tan importante y riesgosa, mucho más algo escrito.

Y verdaderamente, Cielo sabe de palabras. Por mucho tiempo, amó leer. Podía pasarse tardes enteras entre revistas y libros de cuento. No tenía tantos amigos ni más

Golpes en la vida tan fuerte

Por: M

Categoría juvenil

pasatiempos; tan solo, muchas lecturas. Y, sin embargo, con el tiempo, las palabras ya no eran las mismas. Los términos parecían ilegibles. Las impresiones resultaban borrosas. Fue inevitable. Progresivamente, las palabras se le desvanecieron. Los doctores no encontraron una causa definitiva: siguieron esgrimiendo opciones aun cuando ella ya se había quedado ciega. Una niña que amó leer todo el tiempo se quedaba sin leer para siempre. Así, de repente. Sin motivo aparente.

Sigo pensando en las palabras. En su efecto, en su impacto, en aquello que nos llevamos de ellas. Pensar en perderlas, por siempre, me aterra. Sin darme cuenta, Cielo desliza su brazo un poco más abajo del mío. Es mi culpa. Estoy temblando.

Seguimos caminando y trato de guardar la compostura. Al parecer, Cielo tiene algo por decir. Me lo confiesa. Para ella, las palabras son Vallejo. Siempre le vio algo especial. Le pedía a mamá leer aquellos textos de César antes de dormir. Cada cierto tiempo volvía a ellos. Cuando pequeña, la profesora de su salón les pidió a los alumnos recitar un poema. A Cielo le asignaron el suyo; no lo reconocía. Se lo volvieron a recitar, más pacientemente, creyendo prejuiciosamente que el mal de los ojos se extendía a los oídos. Por ese tiempo ya había perdido a las palabras y no se dejaba convencer por ellas. Al llegar a casa, recordó aquel poema. Al llegar a clase, se lo pidió a la profesora: declamaría los Heraldos. *Hay golpes en la vida tan fuertes*. Tenía sentido. Ese día llegó a entenderlo: las palabras no tendrían por qué serle ajenas. Aún podría conservarlas.

Cielo se emociona al hablarme de Vallejo. Lo puedo notar en su tono de voz, en la armonía que da a sus palabras. Cree que, de alguna forma, le escribe a ella.

No sé qué decirle. No podría atreverme, siquiera, a esbozar alguna excusa pertinente. Prefiero permanecer en silencio mientras terminamos de cruzar el parque. Pienso si podría aplicarlo a mí. Golpes en la vida. Pienso en los gritos de papá, el llanto de mamá, las horas interminables de domingo. Aquellos días donde cada uno, a su manera, trataba de no sentirse tan miserable. Es extraño. Ha sido mucho tiempo desde que pensaba en algo así. Me duele recordar. Y entonces, vuelvo a Vallejo.

Tal vez a todos nos toque. Todos sufrimos.

Sin siquiera saberlo, Cielo me regala algo especial. Perenne. Seguimos caminando.